

El Remedio

(Breve relato autobiográfico sobre la profesión/profesionalidad docente y comentario del autor para el Seminario *Enseñar, orientar..., y pensar la profesión*)



“La escuela era una magnífica edificación de 1925. El ala derecha para los niños, las niñas en el lado izquierdo. Aunque, no recuerdo por qué, en mi grupo había también niñas, por primera vez. Es posible que la maestra y yo nos hubiéramos repartido los alumnos: para ella los pequeños y para mí los mayores. Las aulas ocupaban la plata baja, arriba estaban las viviendas de los maestros. La maestra ocupaba la suya, encima de su clase, yo, como he dicho, viajaba a diario desde Arriendas.

Abel, mi alumno, afirma tener solo buenos recuerdos de entonces. El más vigoroso de todos ellos el del Mini y las veces que se subió a él. Afirma que:

- Nos ganabas y hacías con nosotros lo que querías, trabajábamos y estábamos contentos - dijo literalmente.

A pesar de mi insistencia, no recuerda método disciplinario alguno, así que entre mi anterior escuela y aquella (servicio militar por medio) debí revisar algunas de las herencias del pasado que llevaba conmigo acriticamente. Abel insistió mucho en que todos sus recuerdos eran buenos. Se acordaba, como yo, de los partidos de fútbol a

la hora del recreo y antes de la sesión de tarde (solo siendo muy joven se puede jugar al balón inmediatamente después de haber comido). De la tarima y de la pizarra también se acuerda, pero no de las tareas escolares que llevaban a cabo, excepto que salíamos a buscar fósiles a la zona de El Argayón, no muy lejos de la escuela. Me temo que mi trabajo, en su vertiente didáctica, de nuevo se ha perdido en la memoria y documentalmente casi por entero.

Muy poco tiempo después de mi estancia allí, siguiendo la nueva política educativa traída por la Ley General de Educación (1970), los alumnos fueron concentrados en la Villa de Nava y la escuela cerró sus puertas para siempre.

Cuando la visité al comenzar este libro, lo que había sido la escuela era ahora un espacio ocupado por una cooperativa de corte y confección. Sus amables trabajadoras me permitieron visitar la sala donde estaban trabajando, que era la misma que hace cuarenta años había sido mi aula. Les pedí permiso para hacer una fotografía que quería utilizar con el fin de ilustrar un recuerdo que considero muy valioso para esta autobiografía, dado el interés que principalmente la inspira, que, recuerde el lector, es, sobre todo, el de seguirles la pista a las relaciones entre la teoría y la práctica a lo largo de mi vida profesional. En la foto puede verse la puerta del fondo, que era y es la de entrada. Está tomada desde el frente, donde estaban la tarima, la pizarra y la mesa del maestro, de modo que ese era el punto desde el que veía yo la clase, aunque he de decir que siempre me he movido mucho entre las mesas del aula. Pues bien, mi recuerdo se refiere al hecho de que un día, pensando en la clase y mirando a la puerta de entrada, me dije a mí mismo: ‘Todo esto va bien, funciona, los niños aprenden, yo estoy contento y ellos también, pero ¿es esto lo mejor que puedo hacer? ¿Cómo podría justificar lo que hago? ¿Basta con que me sienta bien, lo mismo que mis alumnos? Si alguien entrase por esa puerta y me preguntara por qué hago lo que estoy haciendo ahora, ¿qué podría responderle? ¿Es



suficiente con decirle que es lo que, más o menos, siempre se ha hecho, mejorado en mi caso con ocurrencias procedentes de una buena disposición y algo de ingenio?’

Aquella reflexión constituye el antecedente más remoto de lo que luego iba a ser la idea de profesionalidad a la que iba a dedicar buena parte de mi trabajo, es decir, de mi vida. Estaba en un estado muy primitivo todavía y no sería hasta más adelante, en contacto con la universidad, cuando la idea iba a desarrollarse con cierto vigor, pero, según este recuerdo, la primera inquietud por la dimensión profesional de la práctica docente, que en mi caso tiene que ver con una cierta propensión a reflexionar sobre las cosas, creo que se manifestó por primera vez aquí, en la escuela de El Remedio, mirando a la puerta de entrada que se ve en la foto. Como digo, habrían de pasar todavía algunos años para que mis neuronas se pusieran a tejer profesionalmente en el interior de mi cerebro como lo estaban haciendo las máquinas y las manos de las laboriosas mujeres que trabajaban dentro del recinto de lo que había sido mi escuela. Cuando contemplo esta fotografía, veo en el taller de corte y confección la perfecta metáfora de lo que años más tarde iba a ser mi mente profesional por dentro.”

ROZADA MARTÍNEZ, José María.: *Enseñar, y pensar la profesión. Autobiografía de un docente*. Autoedición, D.L.: Asturias 2018 (Distribuye: www.localcambalache.org), págs. 116-117

COMENTARIO

En estas páginas referidas a mi estancia en la Escuela Unitaria de El Remedio (Nava) durante el curso 1972-73, quise situar con precisión en el espacio y en el tiempo lo que, como digo en el texto, considero que fue el germen de una preocupación por mi **profesionalidad** que se mantendría a lo largo de los treinta y seis años que transcurrieron desde entonces hasta mi jubilación.

En mis primeros años como docente el concepto que tenía de la profesión no estaba en absoluto elaborado. Había obtenido un título que me acreditaba como maestro y con eso bastaba. Encarnaba a la perfección lo que Pérez Gómez denomina en el Texto 5 de los que he enviado a este seminario el “**enfoque práctico-artesanal**”, si bien en mi caso, como en el de la inmensa mayoría de mis colegas, no era siquiera un enfoque sino algo que operaba de manera inconsciente, como sentido común heredado.

Luego vendría mi ingreso en la universidad y el acercamiento a una didáctica, la de la Geografía, y con ello un encuentro con el conocimiento académico distinto al que hasta entonces había tenido. Deslumbrado por su atractivo pensé que podría derivar del conocimiento científico aquellos fundamentos que echaba de menos cuando miraba hacia la puerta de entrada en la escuela de El Remedio. Durante un tiempo, no mucho, busqué en el conocimiento disciplinar de las materias de enseñanza, en la teoría de la didáctica y en la psicología cognitiva básicamente. Entonces mi idea de la profesionalidad comenzó a elaborarse, pero con una orientación equivocadamente “**técnico-academicista**”, dicho así para seguir utilizando la clasificación que hace Pérez Gómez en el texto mencionado. Ciertamente

no seguía lo que hoy considero el camino más adecuado para un desarrollo profesional bien avenido con lo que es el trabajo en el aula, pero la cosa había cambiado mucho. Es como si en sus comienzos las trabajadoras que ocuparon aquella escuela se hubieran inspirado en principios relativos a la organización científica del trabajo para organizarse como cooperativistas, desde luego que no habrían estado acertadas, pero habían abierto el taller, puesto a funcionar algunas máquinas, comprado telas e hilos de distinta procedencia y habían comenzado a trabajar. Eso fue lo que hicieron mis neuronas cuando continuaron trabajando en la **profesión**, pero comenzaron también a ocuparse de la **profesionalidad**; es decir, que se emplearon a fondo en **enseñar**, pero también en **pensar la profesión**.

Muy pronto, el apego a la coherencia, es decir, a la búsqueda de ideas adecuadas para abordar los hechos sobre el territorio de la escuela, me fue apartando del reduccionismo tecnicista en cuya senda, como digo, había dado mis primeros pasos. La aceptación de la enorme complejidad que la tarea de enseñar presenta sobre el terreno me fue llevando en un largo itinerario hasta el enfoque **crítico-autobiográfico** con el que propongo estructurar los trabajos de este seminario.

No basta con reconocer la **complejidad** de la tarea de enseñar, sino que es necesario proceder en consecuencia con dicho reconocimiento. Para muchas personas esto supone declarar como vana la ilusión del dominar científico-técnicamente la enseñanza, lo que obligaría a plantearse el trabajo docente como un quehacer artístico o artesanal. Pero esto significa con frecuencia la **acomodación** a una profesionalidad poco exigente con la fundamentación de lo que se hace en el aula. La profesionalidad que propugno y con la que he tratado de ser consecuente huye de tal acomodo y mantiene la exigencia permanente de comprender esa complejidad y **diseñar estrategias** de acción adecuadas para intervenir en ella, de ahí la necesidad de mantener viva la llama de la **formación permanente** a lo largo de toda la vida profesional.

Puesto que no hay currículo institucionalizado capaz de dar satisfactoria respuesta a dicha exigencia, dado que esa formación está estrechamente ligada a la personalidad y circunstancias de cada cual, necesariamente resulta ser en gran medida **autodidacta**.

Autodidactas y autobiográficas son dos dimensiones inseparables que estarán detrás de mis aportaciones a los temas siguientes de este seminario. Un seminario que bajo esta perspectiva solo cabe plantear como un **enriquecido contexto de apoyo** a docentes (espero que también a orientadores/as y demás participantes) entre cuyos rasgos de su **personalidad** irrenunciable e intransferible esté el de no conformarse con la cómoda afirmación de que todo en la enseñanza es extremadamente complejo.

Personalidad y/o también **ideología**, en la medida en que el trabajo sistemático por una **profesionalidad desarrollada** sea entendido como una lucha permanente contra la **alienación profesional** que supone dedicar gran parte de la

vida a una tarea sin dominarla hasta donde sea posible, pero no solo como exigencia subjetiva necesitada de satisfacción interna, sino también como formación para participar en el debate social y político acerca de la mejor manera de llevar el trabajo de enseñar a cabo. De ahí que el tema siguiente de este seminario sea el enfoque **crítico-autobiográfico**.

José María Rozada Martínez (4 de noviembre, 2019)